

## Dos escritores de América

Don Francisco A. de Icaza ha muerto en Madrid a la edad de sesenta y dos años: de ellos, más de la mitad transcurrieron en Europa. Fué Icaza uno de los arquetipos perfectos del escritor mexicano: una de las cosas menos *tropicales* de este mundo. Para quienes, como yo, hayan nacido en la franca zona tórrida, donde son realidades los lugares comunes cuyo paternal Herodoto es Colón (el «sol de fuego» y todos los prodigios que hace brotar de la tierra), es siempre causa de sorprendido interés el descubrimiento de la altiplanicie mexicana, con su clima de otoño perpetuo, con sus tonalidades de azul gris y oro pálido bajo luz diáfana. Y—en otras ocasiones lo he dicho ya—la altiplanicie de México da espíritus como ella, desde Alarcón a Gutiérrez Nájera, y hasta somete a su influjo a hombres nacidos fuera de su círculo, como Nervo. La nota de color vivo, el énfasis, el ardor, son allí excepcionales en la literatura: la coincidencia—¿o la necesidad?—sonríe cuando se descubre que en México el poeta grandilocuente, o siquiera vivaz, raras veces ha nacido en la altiplanicie: en la tierra baja, en la costa cálida, hay que buscar a Díaz Mirón o a Altamirano.

Icaza fué francamente el hombre de la altiplanicie. Discreto, observador, agudo, con ideas claras y precisas, con palabras medidas y calculadas. Conocerlo en Madrid, durante los años últimos, conociendo a México, era descubrir con asombro cómo persistía el mexicano debajo de su espesa y vistosa capa de madrileño. Nadie conocía mejor que él la vida de Madrid, el tono de la ciudad, «los chismes de la corte»—literalmente y figuradamente—; y sin embargo, nadie conservaba mejor que él los rasgos fundamentales de su origen: los hábitos de su carrera hasta le habían aguzado la diplomática reserva y la exigencia puntillosa.

No fué feliz, y los que junto a él no lo fueron creen—injustamente—que no fué bueno: no tuvo la bondad fácil, y el censor en él fué a veces agresivo, porque le producía impaciencia la deshonestidad, ante la cual tantos otros fingen ceguera; pero otorgó siempre bondades cuando pudo vencer escrúpulos de desconfianza, y nunca se equivocó ni regateó sobre valores puros. Así, en las letras, le molestaba la plebeya costumbre de la Condesa de Pardo Bazán al pedir prestado y no reconocer sus deudas, disminuyendo la fama de su propia fortuna; le daban asco los enredos y



Icaza

(Como lo vió MASSAGUER).

confusiones, el descuido y la inexactitud de la más voluminosa historia de las letras castellanas. Pero siempre supó discernir cuáles eran las figuras de selección; aceptaba sin esfuerzo, pero sin deslumbramiento, todas las novedades. No existe homenaje más delicado que el suyo—en una conferencia del Ateneo de Madrid—a los poetas mejores de su país. Pero de su país ¡extraña Némesis! le vino la mayor amargura de su vida literaria, al final de ella, cuando absurdamente se le atribuyó el pecado que tanto fustigó él en los demás, acusándolo de *plagiar* documentos que cualquiera puede consultar en archivos públicos: los provincianos acusadores lo declaraban incompetente para leer los claros manuscritos del siglo xvi.

Su obra de crítico y erudito tiene méritos raros: a la aparición (1901) de su primer ensayo sobre *Las novelas ejemplares* (retocado y mejorado después), se dijo en Francia—¿fué Foulché-Delbosc?—que el trabajo no parecía obra de español: tanto lo distinguían la brevedad, la precisión, la falta de entonación oratoria. Recuérdese en qué estilo se escribían entonces en España los trabajos de erudición, buenos y malos: parecían «discursos de entrada en la Academia». Milá no había ejercido influjo sobre la forma. Menéndez Pidal había aparecido ya, pero todavía no formaba escuela. Icaza se adelantaba a su época; y después, nunca dejó de aprender: en vez de

sumarse a la rutina de la cultura oficial en España (aunque no tenía a mal su situación académica), entró en las corrientes nuevas, y fué uno de los pocos hombres de su edad que supieron adoptar, de los más jóvenes, métodos exactos de investigación e interpretación de los datos y de los textos. Icaza sabía lo que era la reproducción correcta de textos clásicos; sabía lo que era una edición crítica. Tenía, además, el sentido de la personalidad de los escritores del pasado: no fueron para él figuras borrosas en la distancia, sino hombres vivos, con caras familiares. Así vió a Cervantes y a Lope. Y, como siempre, su país estuvo presente en su espíritu cuando recorría los caminos de la historia literaria: sus éxitos como cervantista (las *Novelas ejemplares* y el problema de *La tía fingida* fueron coto suyo), como investigador y crítico de la novela y el teatro en los siglos de oro, no le hicieron olvidar las cosas de América; reunió y publicó multitud de datos sobre la primera época de la cultura colonial de México, y, de paso, descubrió el entremés del dominicano Cristóbal de Llerena, quizás el más antiguo autor dramático nacido en el Nuevo Mundo.

Su obra de poeta, menos voluminosa que sus trabajos de erudición y crítica, guardada en volúmenes breves, es en tono menor: en la poesía de su patria representará una nota delicada, gris y fina, dentro de la escala espiritual que va de Gutiérrez Nájera a Enrique González Martínez.

### García Godoy

En la ciudad de La Vega, donde ejerció sus actividades durante largos años, se quiere perpetuar en escultura la imagen de D. Federico García Godoy. Bien lo merece el escritor, bien lo merece el patriota.

Su muerte, ocurrida no hace mucho, suscitó escasos comentarios fuera de Santo Domingo. ¿Nació de pereza la injusticia? García Godoy había colaborado en las principales revistas de nuestra América, desde *Cuba Contemporánea* hasta *Nosotros*; había dado juicios exactos sobre no pocos de nuestros mejores libros; raro era el escritor hispano-americano, desde Darío y Rodó hasta los principiantes innúmeros, que no le enviase sus obras... Pero su época de plenitud, como hombre de letras, había pasado: comentaba siempre los libros que recibía, pero en breves, volanderas notas de periódico, no en los sustantivos es-